

NOTAS Y COMENTARIOS

NOTAS SOBRE LA ENSEÑANZA EN SANTO TOMAS (*)

Hay dos temas tan traídos y llevados, y de manera tan llamativa en las publicaciones del momento, que bien pueden ofrecernos, juntamente, un punto de apoyo para levantar ante nosotros la figura inmensa de Santo Tomás de Aquino. Estos temas son la juventud y la enseñanza. De ambos temas, por separado o fundidos en un solo problema, se podría señalar sin esfuerzo una bibliografía numerosa y tal vez excesiva. Hay exámenes de conciencia de una sinceridad ejemplar, hay valientes toques de alerta, hay a veces demasiada palabrería hueca, y no faltan especulaciones fantásticas y demagógicas. Recientemente en una revista juvenil y combativa se protestaba discretamente de las afirmaciones de un profesor español sobre las deserciones en masa de la juventud española de las filas del catolicismo. Más recientemente aún, en una declaración colectiva de la jerarquía eclesiástica se hablaba de la «aflicción de ver a gran parte de nuestra juventud tan vacía de ambición heroica» (1). La antología de lamentaciones, de censuras y de alarmas podría ser interminable. Y las respuestas de la juventud misma no son tampoco menos variadas y sintomáticas: desde la agresividad de los «encolerizados», las extravagancias de los «capriberbes», la delincuencia de los gamberros, hasta el «que nos dejen en paz» de los incomprendidos y los cansados.

Pero tal vez se pregunte, ¿qué significación tiene o qué lección de provecho puede resultar de tales actitudes y crisis de la juventud del mundo de hoy, en relación con la juventud de nuestros conventos? En primer lugar, no puede sernos indiferente a nadie la situación preocupante de un sector tan vasto de la sociedad en que nos toca vivir y predicar. Y después, ¿estamos seguros de hallarnos inmunes de aque-

(*) Conferencia pronunciada en el acto académico en honor de Santo Tomás de Aquino el 7 de Marzo de 1962, en Las Caldas de Besaya.

(1) *Nota pastoral del Episcopado portugués* (20-I-1962), *Ecclesia*, 22, n. 1073 (1962), 139.

llos males, de estar suficiente y eficazmente defendidos de aquellas enfermedades de la juventud laica? Si analizáramos con algún detenimiento los conductos sutiles, las entradas francas y las de contrabando, por donde se nos infiltra en la clausura resquebrajada el espíritu del mundo, su alboroto callejero, las tensiones nerviosas y preocupaciones vanas, los intereses superficiales y las fantasías del momento, todo eso que exalta y alimenta la imaginación, enerva los sentidos y estorba la reflexión y el pensamiento, por no decir el recogimiento y la contemplación; si reflexionáramos humildemente sobre todo esto, proyectándolo sobre la realidad presente y la incertidumbre futura de nuestra juventud y nuestra vida, se necesitaría ser iluso o insincero para no admitir la urgencia y la prudencia de una consideración más interesada y atenta de estos problemas.

El otro tema de actualidad a que aludía es el de la enseñanza. Hace largos años que se viene hablando y discutiendo sobre la necesidad de una vitalización de la enseñanza y actualización de sus métodos. Hay un descontento general y una preocupación noble por el problema. No siempre ni en todo se trata de *modernizar* precisamente. En muchos casos y en muchas cosas más bien se trata de recuperar, de restaurar. Sobre todo, la autenticidad de los que enseñan frente a su misión, la sinceridad y competencia de su preparación técnica y pedagógica, la conciencia de su responsabilidad, y la vigilancia sobre su entrega asidua y desinteresada a la profesión que han elegido.

Sobre todo esto, como decía, hay exámenes de conciencia de una sinceridad y valentía ejemplares, que no sería honesto ignorar o desoír. Máxime para nosotros que tenemos por privilegio y como honra, el «fiel contraste», la ejemplaridad y patronazgo de nuestro Santo Tomás de Aquino, que tanto puede enseñarnos aún sobre estos problemas.

¿Qué puede ofrecernos, pues, hoy, en su fiesta, con relación a estos dos temas actuales entre los que, de uno u otro modo, está implicado el quehacer y la vida de casi todos los que nos hemos reunido aquí para honrarle?

En primer lugar, Santo Tomás es un modelo y un maestro para todos, y tal vez casi para todo. El año pasado, al clausurar el homenaje a Santo Tomás en la Escuela de Comercio de Santander, Mons. Eguino y Trecu recordaba que casi todos los años, al venir a presidir aquel acto, como tenía por costumbre, solían preguntarle: pero, ¿qué tiene que ver Santo Tomás con los comerciantes? Y explicaba el Venerable Prelado: Santo Tomás tiene mucho que enseñar a los comerciantes, como a los filósofos, como a todos los hombres, especialmente de los llamados a influir en la sociedad desde algún puesto de responsabilidad. Porque poseyó en grado eminente los dos puntales de toda personalidad completa: la virtud y la ciencia.

Yo no quisiera perder el tiempo con esto, haciendo una simple afirmación general con sabor a tópico gastado. Estamos acostumbrados a ver a Santo Tomás sobre un pedestal demasiado elevado e inaccesible.

Yo no tengo la pretensión de rebajarle, pero sí me alegraría poder disponer de tiempo y holgura para acercarle un poco más a nosotros, en lo que tiene de más noble y más entrañable una humanidad como la suya enriquecida con los dones más espléndidos de la naturaleza y de la gracia. De su persona—cuentan sus biógrafos primitivos—, de su misma presencia y aspecto corporal, por la benignidad de su ánimo, por la suavidad de su palabra, y por la liberalidad de sus actos, se difundía siempre una maravillosa impresión benéfica, de tal manera que nadie podía mirarle u oírle, en alocuciones o conversando, sin verse contagiado por una extraña y santa sensación de gozo y alegría espiritual (2). Estamos acostumbrados a pensar en Santo Tomás de un modo excesivamente *académico* y oficial. Y no sé a quien se le ocurre pensar *de verdad* en el Santo como modelo y amigo para un joven, como Santo ejemplar para un profesor, como tipo y maestro de un humanismo verdaderamente integral.

Yo no puedo aquí hacer más que esta sugerencia de pasada, pero como expresión sincera de una experiencia o contacto directo con el Santo a través de sus biógrafos primitivos o testigos oculares de su vida.

Más especialmente, Santo Tomás es maestro y modelo de la juventud y de los que se consagran a su enseñanza y formación.

Todos vosotros sois jóvenes y todos estáis llamados a ser maestros por vocación dominicana. Santo Tomás menciona con mucha frecuencia juntamente a los *predicadores* y a los *doctores*: en cuanto a sus cualidades, su preparación y sus funciones, tienen muchos puntos de coincidencia, y, en el fondo, puede considerarse como una misma misión la del predicador y la del doctor o maestro. Doctores o predicadores, nuestra vida se deberá en grandísima parte a la juventud. ¿Qué necesita ésta, y qué nos pide?

Una de las quejas más doloridas de la juventud es la falta de un guía, de un maestro que la comprenda, que la entusiasme y que la empuje. Sin duda es esta una queja, no precisamente arrancada por las circunstancias o inclemencias del tiempo, sino enraizada en la psicología misma y las necesidades de la edad. En todo caso, la juventud y la vida no admiten dilaciones y no podemos aplazar sus tareas formativas para los tiempos afortunados en que aparezca el genio o el profeta que la ilumine. Por eso urge, ante todo, restaurar la fe, y con ella el optimismo de los jóvenes frente a los maestros con que se encuentran, y, por la otra parte, la fe también y el entusiasmo de los maestros ante las responsabilidades que Dios les confía. Santo Tomás señala como virtudes fundamentales de la enseñanza y el aprendizaje: la sabiduría y humildad en el maestro; la fe y el trabajo en el discípulo. *Fe*, que no es un simple y pasivo «creer lo que no vemos», sino un asentimien-

(2) Cf. P. CALO: *Vita Sancti Thomae*, 19, Ed. Prümmer: *Fontes vitae S. Thomae Aquinatis*, Tolosae, [1911], pp. 38-39; G. TOCCO: *Vita...*, c. 36, Ed. Prümmer, pp. 109-110.

to firme e inquieto de la inteligencia a lo que realmente no vemos, pero en virtud de lo que oímos o sentimos y queremos con nuestra voluntad y nuestro esfuerzo. *Sabiduría*, que es la visión superior lograda a costa de ascetismo de la mente y el corazón, de perseverancia en el trabajo, que llegará a ser el gozo supremo de una vida, y la fuente verdadera del entusiasmo y la entrega generosa y humilde a la más abnegada y bella de las profesiones humanas. La sabiduría y el ejemplo del maestro serán la garantía mejor de la fe y confianza del joven. De ahí también brotará su optimismo y se manifestará su empuje ante la vida y las futuras tareas que le aguardan. Y en caso contrario Santo Tomás afirma que «de toda deformación de los jóvenes en su primera edad tienen la culpa sus maestros»: «Ipsi enim in omnibus debent esse eorum regula» (3).

Veamos un poco más en detalle la enseñanza y el ejemplo de Santo Tomás sobre el problema, sobre la naturaleza y las responsabilidades del magisterio ante la juventud.

LA ENSEÑANZA EN LA DOCTRINA DE SANTO TOMÁS

Conviene antes hacer una distinción. La enseñanza, en nuestro lenguaje y en nuestra vida actual, suele tener dos significaciones un poco distintas: la enseñanza como institución, como oficio o profesión, y la enseñanza como función, como acto particular de trasmisión de la ciencia.

Una primera cuestión general, que puede afectar a la enseñanza en sí, en cualquiera de los dos sentidos antedichos, es la de su *existencia y necesidad*. Por absurda que nos parezca a nosotros la idea de ponerla en duda, no deja de tener su importancia y merece nuestra atención, como ya mereció la del mismo Santo Tomás. En primer lugar era una cuestión muy discutida en su tiempo. Al plantearse él, pone por delante nada menos que 18 argumentos o dificultades en contra de su posibilidad y existencia. Y es que en la explicación filosófica del hecho de la enseñanza, y de la justificación consiguiente de la función docente, había ya entre los antiguos diversas teorías insuficientes o ineficaces. Santo Tomás critica a Averroes, Avicena, los platónicos, y otros. Aparte, claro, de las exageradas, los que tomaban a la letra —y leyendo mal— lo de «unus est magister vester», los fideístas a ultranza, los perezosos de siempre, los escépticos, etc.

Después de Santo Tomás, vino Rousseau, cuyo primer éxito fue precisamente un *discurso sobre las ciencias y las artes* como productos malsanos de mentes desocupadas, que no habían contribuido a mejorar las costumbres, sino que eran la causa corruptora de su nativa pureza y vigor. La enseñanza, por tanto, como toda educación, no debe ser una comunicación magistral de la ciencia, sino una mera protección indulgente, para que el muchacho se busque por sí mismo los co-

(3) *In VII Polit.*, lect. 12, Ed. Spiazzi, Taurini, Marietti, 1951, n. 1.252.

nocimientos que necesite o le agraden. Y después de Rousseau todos los pedagogos del individualismo liberal, romántico-panteísta o materialista o de cualquier signo, han rebajado de tal modo la misión o el poder del maestro que han venido prácticamente a anular su misión, por respeto a los derechos del alumno y a la santidad original de su naturaleza, o por una extraña fe en la divinidad que late en él. «La doctrina, la enseñanza y la educación, deben por necesidad adaptarse, acompañar, seguir (sólo resguardando y protegiendo), pero nunca prescribir, determinar, imponer.

Necesariamente ha de ser así la educación; porque la acción, no perturbada, de lo divino ha de ser necesariamente buena, no puede tender a otra cosa que al bien» (4). «Reconozcamos de una vez—escribe L. Tolstoy—esta ley que nos enseña tan claramente la historia...; que para permitir al que enseña saber lo que es bueno y lo que es malo, el que se forma debe tener el poder perfecto de expresar su descontento, o por lo menos de rehusar una formación que, lo siente por instinto, no le satisface; y que hay un solo criterio de la pedagogía: la libertad» (5). «Esta es para mí el alfa y el omega de la educación...: dejad en paz a los niños» (6).

Con otras miras más sectarias y menos pedagógicas no han faltado tampoco quienes han combatido también la enseñanza como institución estéril o peligrosa desde el punto de vista religioso: «Las universidades, Estudios, Colegios, los grados y magisterios en los mismos han sido introducidos por vana gentilidad y aprovechan a la Iglesia tanto como el diablo» (7).

Esta filosofía de la enseñanza y la educación naturalista y liberal, que ha informado hasta nuestros días los movimientos de la *escuela nueva*, de la educación progresista y del activismo, sigue teniendo su refutación más clara y mejor fundamentada en las doctrinas de Santo Tomás, que, por otra parte, se adelanta en mucho a esas mismas teorías en lo que tienen de positivo o legítimo.

Santo Tomás admite sencillamente ese hecho de la enseñanza que tiene «en su favor un tan alto grado de experiencia y evidencia cotidianas». En lo que se detiene es en la explicación de su naturaleza, de su proceso íntimo en el dinamismo psicológico por parte de las actividades correspondientes del maestro y el alumno. Santo Tomás tenía de todo ello una experiencia más larga y viva que todos los antiguos y modernos sofistas y mercaderes de la educación progresiva o de la escuela averroísta. Era la profesión a que había consagrado su vida con una sinceridad y una competencia difíciles de imitar.

(4) F. FROBEL: *La educación del hombre*, Madrid, 1913, pág. 8.

(5) L. TOLSTOI: *La libertad dans l'école*, París, 1888, pág. 74.

(6) E. KEY: *Il secolo dei fanciulli*, Torino, 1921, pág. 104.

(7) J. WICLEFF, propos. 29, condenada en el concilio de Constanza, *ses.* 8, Denz. n. 609.

LA ENSEÑANZA COMO PROFESION

Santo Tomás se vió obligado, en primer lugar, a defender la enseñanza como institución o profesión nobilísima, de intereses estrictamente intelectuales, espirituales, y digna ocupación, por tanto, para religiosos y sacerdotes. Se combatía entonces, como ahora, por intereses no siempre honestos, la presencia y el apostolado intelectual de los religiosos en la Universidad. Santo Tomás, con este motivo, defiende no sólo su cátedra sino la función docente misma, y esclarece, no sólo sus derechos y los de sus hermanos, sino el concepto, la trascendencia y honorabilidad de la misión docente. La enseñanza no es un negocio que se oponga a la perfecta humildad y pobreza evangélica, sino un ministerio verdadero, un acto de caridad y misericordia, una obra de confesión y alabanza divina (8). El magisterio no es un honor sino una responsabilidad grave *cui debetur honor* (9). Y al maestro se debe ese honor, no por mundana vanidad, sino por su relación con el verdadero y supremo Maestro de quien es *mensajero* y ministro (10). La tarea, por tanto, de enseñar es quizá más apropiada a la misión espiritual de un religioso que a los intereses naturales y profanos de un laico. En realidad es una empresa común, una responsabilidad de todos, de la sociedad y del estado (11), de los seculares y de los religiosos (12), con una única condición: la idoneidad y competencia, *sine acceptione personarum* (13).

No carece de actualidad y valor esta doctrina y criterio tomistas ante las recientes polémicas y reformas legislativas sobre esta misma materia.

Otro signo de valoración tomista de la enseñanza y el magisterio lo tenemos en el modo y lugar en que introduce Santo Tomás esta cuestión en la *Suma Teológica*. Había sido anteriormente una de las cuestiones importantes escogidas para discusión pública, incorporada por el Santo, para su publicación, a las *Quaestiones disputatae acerca de la verdad y el conocimiento*. En la *Suma* es introducida la cuestión en el tratado *de gubernatione mundi*. El magisterio es la primera forma, el modo más noble y eficaz de cooperar el hombre a aquella «moción de las creaturas al bien», que es efecto del supremo gobierno de Dios sobre el mundo, y, precisamente, efecto en aquel modo y en aquella línea en que la creatura, el hombre, se asemeja a Dios (14). Cooperadores de Dios, semejantes a El no sólo como creaturas suyas, sino también como causas participantes de la suprema función providente

(8) Cf. *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*, P. II, c. 1 *Opusc. Theol.*, t. II, Ed. Spiazzi, Taurini, Marietti, 1954, n. 19, 23, 30, 38-39.

(9) *Ibid.*, n. 37.

(10) *Ibid.*, n. 30.

(11) Cf. *In VIII Polit.* lec. 1, n. 1259.

(12) Cf. *Contra impugnantes...*, n. 58-59.

(13) *Ibid.*, n. 47.

(14) Cf. I, 103, 4; y las introducciones a las qq. 103, 104, 105, 106.

y rectora de Dios sobre las demás creaturas, he ahí la grandeza y responsabilidad del magisterio, según Santo Tomás.

No estaría quizá fuera de lugar aquí la interpretación que se ha hecho de la doctrina de Santo Tomás *sobre el maestro* como forma o tipo ideal de perfección humana de la persona. «La formación de la personalidad—escribe un pedagogo contemporáneo—tiene como objetivo propio el hacerse maestro... Este valor ideal... posible de la persona, que como forma eternamente ejemplar está en Dios, quiere decir hacerse y ser un maestro... de sí mismo y de los otros» (15). Santo Tomás sería el precursor de esta doctrina. La interpretación un tanto libre de la doctrina del Santo no será muy exacta en cuanto a la letra. Pero la intención o finalidad enaltecedora de la función del maestro como tipo ideal y ejemplar, con señorío sobre sí mismo y, a través de su propia perfección, causa influyente y perfectiva de los otros, no deja de tener su valor y significación.

Para Santo Tomás, realmente, la enseñanza como oficio y misión no era sólo comunicación de saberes, sino formación de hombres, embellecimiento moral e integral de las almas. Y así, para él «la gloria del doctor es la vida pura del discípulo... El doctor es un pastor de almas y no un mercader o expendedor de conocimientos» (16). De ahí, nuevamente, la sublimidad de su misión y la gravedad de su responsabilidad.

LA ENSEÑANZA COMO ACTO ESPECIFICO

Santo Tomás define alguna vez la enseñanza como «transfusión de la ciencia» (17). Naturalmente que seríamos injustos con el Santo si tomáramos la frase como suena, independiente del cuerpo del artículo y de la cuestión completa. ¿Puede realmente la ciencia transfundirse, trasladarse del maestro al discípulo, algo así como se transfunde la sangre en la moderna cirugía o como se transmiten los recuerdos de familia o cualquier otra cosa física? Evidentemente que no. «La ciencia—dice Santo Tomás—es un accidente que como tal no transmigra de un sujeto a otro» (18). Y explica, en la respuesta a esa objeción y a la anterior, el sentido en que la ciencia, en cierto modo, se transfunde de la idea del maestro a la mente del discípulo. La ciencia es un hábito de la mente, un revestimiento interior que no se adquiere por adherencia o por solo el influjo ambiental o autoritario del exterior. La ciencia—como los hábitos morales—no se *infunde*, no se mete, sino que se saca, se *educa* de dentro con la ayuda exterior. Santo Tomás usa precisamente en esos textos del verbo *educere*, de donde procede *educar*.

(15) R. RESTA: *La dottrina del maestro in S. Tommaso, Ras. ital. di Pedagog.*, n. 2-3 (1942), 108-109.

(16) Cf. *In ad Tit.*, c. 2, lec. 2, Ed. R. Cai: *Super Epistolas S. Pauli*, t. II, Marietti, Taurini, 1953, n. 66.

(17) *De Verit.* 11, 4, ad 3.

(18) Cf. *ib.* a. 1, arg. 6.

(19). La ciencia, en fin, como accidente, «sólo puede originarse en el sujeto en que ha de estar y sólo puede estar en el sujeto en que se origina» (20).

La función docente, por tanto, no es un «trasiego de ideas, y menos de fórmulas de la mente del maestro a la memoria del discípulo» (21), no es una actividad creadora ni imperativa, sino una amigable comunicación operativa, funcional, entre maestro y discípulo, a fin de que éste vaya actualizando en su mente las virtualidades ocultas de su potencia cognoscitiva, los *gérmenes* de ciencia que recibió por naturaleza: Porque el hombre—explica Santo Tomás—no se encuentra, con relación a la ciencia, en un estado de pura potencia pasiva, que equivaldría en nuestro lenguaje vulgar a real impotencia absoluta, sino en potencia activa. Es decir, existen en la mente humana ciertos gérmenes o principios de ciencia con virtualidad propia para su desarrollo, en ciertas condiciones favorables, bajo la acción de estímulos objetivos, y cuando la mente misma llega a determinada madurez en su evolución. Sobre esta potencia en acción se ejerce, como estímulo complementario, como agente exterior coadyuvante y secundario, la acción del maestro. ¿Cómo se lleva a cabo esta acción docente?

Cuando un efecto es realizado por dos agentes—continúa Santo Tomás—, uno natural e interno y otro externo y artificial, la acción exterior del artífice debe imitar, en su proceso íntimo, a la naturaleza, y nunca suplantarla como agente principal, sino plegarse a las necesidades del agente interior, ofreciéndole instrumentos de trabajo, estimulando su esfuerzo, señalándole el camino o ciertos objetos asequibles. La ciencia es de estos efectos, o producto de una íntima colaboración. Por tanto, la primera obligación y necesidad del maestro es la de observar atenta y respetuosamente el proceso que sigue el alumno en su propio acto esencial de aprender, en su modo de actualizar su potencialidad cognoscitiva. Este proceso arranca siempre de algo ya sabido, y se perfecciona o progresa por una aplicación de aquello a otras materias particulares, particularizando o expresando más explícita o concretamente aquello en conclusiones nuevas, y de éstas deduciendo otras. La acción docente, por tanto, debe observar este mismo proceso: partir siempre de algo previamente conocido por el alumno, proponerle otras verdades o principios menos universales que él pueda abarcar y relacionar con lo anterior, ofrecerle ejemplos sensibles, comparaciones o semejanzas, contrastes, etc., con lo que el entendimiento del alumno es llevado, como de la mano, al descubrimiento de la verdad ignorada antes. Lo que no puede hacer nunca el profesor es influir directamente en la inteligencia misma del alumno, ni para mejorar su calidad, ni para aumentar su capacidad esencial, ya que en este orden no tiene un hombre virtualidad superior ni influencia activa sobre otro: todas las inteligencias humanas son de un mismo nivel o tienen la misma

(19) Cf. *ib.*, ad 5 et 6.

(20) P. J. VALBUENA: *Introducción a la cuestión 117, Suma teológica*, BAC, t. 3, Madrid, 1960, p. 1021.

(21) *Ib.*, p. 1020.

graduación en el orden de la naturaleza. Puede, no obstante, aun el profesor fortificar de algún modo el intelecto del alumno, mostrándole el orden o el camino de los principios a las conclusiones, extrayendo éstas de aquéllas ante la vista misma del alumno, señalándole especialmente los puntos intermedios del tránsito, el término medio de las demostraciones, para que así, con el ejercicio, vaya habituándose y fortaleciéndose en esta labor comparativa, discursiva y científica (22).

En todo caso, la función del enseñante se parece más al gesto del que mueve el dedo para señalar un objeto distante o aun quizá para acercarlo al campo visual del aprendiz, que a la obra del taumaturgo o del quirurgo que pueden acaso dar la vista (23). Santo Tomás compara con frecuencia la doctrina con la medicina y con el arte. No exagera, sin embargo, la comparación, como suele hacerse después de él, interpretándole mal, y haciendo del alumno un paciente o reduciéndolo a materia inerte como la cera o el mármol. Santo Tomás no dice propiamente que la enseñanza sea un arte (compruébese el caso en la q. 117 de la *Suma*), o a lo más, cuando habla de un *ars docendi* (24), explica bien que se trata de un arte de índole especial: Uno de aquellos en que la materia no es un principio pasivo, desde luego, modelable según la habilidad y la idea del artista, sino en que la materia es también otra segunda materia, que ha de aplicarse vitalmente a la primera, y ha de estar también en grado eminente en el artífice que es el maestro. «Docere habet duplicem materiam, scilicet scientiam et discipulum, ideo construirur cum duplici acusativo» (25).

La tarea docente, por tanto, es indudablemente más delicada, compleja y humilde, y a la vez más difícil y trascendente que la de cualquier artista. No encuentra en la materia que trata la pasividad dúctil y naturalmente sumisa de otras artes, ni en las concepciones de su mente la libertad creadora del poeta o del arquitecto. Y, sin embargo, la dignidad de ambas materias con que se construye su obra, la disciplina y corrección que se le exigen para manejarlas con el debido respeto, la sabiduría que necesita para su arte, le dan evidentemente una categoría tan superior que ha sido comparada a la obra misma de la Providencia y gobierno de Dios sobre los hombres.

Sería útil detenerse en la comparación de esta doctrina tomista con los pretendidos descubrimientos y audaces reivindicaciones de la pedagogía progresista. Pero esto nos llevaría demasiado lejos. Algo hemos dicho en otra parte (26). Por ahora baste la afirmación categórica, y no a priori, de que Santo Tomás reconoce, con mejor fundamento filosófico y más equilibrio que ningún pedagogo moderno, los derechos del niño o del estudiante, la parte inalienable de iniciativa y actividad que le corresponde en su propia formación; y a la vez no olvida la

(22) Cf. I, 117, 1.

(23) Cf. *In 2 Sent.*, d. 58, q. 1 a. 5, ad 5; d. 9, q. 1, a. 2, ad 4.

(24) *II C. G.*, 75.

(25) 2-2, 181, 3; Cf. *De Verit.* 11, 4.

(26) Cf. *Santo Tomás y los modernos sistemas de educación, Estudios Filosóficos*, 11 (1962), 5 ss.

función subsidiaria, pero indispensable, del maestro en esa empresa. «Lo mejor que puede hacer el maestro es no hacer nada»—concluye la pedagogía moderna. Santo Tomás sabe lo que el maestro no puede hacer en el acto esencial o dinamismo interno del aprendizaje, pero, sin caer en la exageración dicha, reconoce que, de hecho, «son más los que pueden conocer la verdad aprendiéndola de otros que investigándola por sí mismos. Y cada uno en particular aprende de otro más cosas de las que descubre por sí mismo» (27).

PRESUPUESTOS Y CUALIDADES DE LA ENSEÑANZA EN EL MAESTRO Y EN SU EJERCICIO

¿Cómo llevará a cabo el maestro su función? En primer lugar necesitará una disposición personal conveniente. En todos los órdenes: en cuanto a madurez en la edad, conocimientos, experiencias, virtud, etc.

En cuanto a la madurez física, dice Santo Tomás que el maestro, «como ley común para todos», no debería empezar a enseñar antes de haber alcanzado una «edad perfecta» (28). «Ratio utilis doctor invenitur in ecclesia quin sit longaevus», dice también, citando a Orígenes (29). Con la madurez de la edad podrá cumplir otras dos condiciones de su idoneidad: el estudio en que adquiere la ciencia perfecta, y el ejercicio, mediante el que logrará la destreza y preparación necesaria (30). La ciencia en perfecta actualización en su propia mente le es necesaria, ya que, en cierto sentido, es una misma, o por lo menos y en sentido más propio algo muy semejante la ciencia inducida en el alma del discípulo y la que posee el doctor. A no ser que éste sea un engañador: «nisi doceat fite» (31). La ciencia del discípulo es «como una imagen» tomada de la del enseñante. La ciencia de éste aunque no sea una *cualidad activa*, con la fuerza y eficacia de un *agente natural*, es, sin embargo, el *principio* rector por el que el maestro se dirige en su función docente y mueve al discípulo en su actividad discente (32). «La enseñanza exige, pues, una perfecta actuación de la ciencia en el docente o maestro; es necesario, por tanto, que el que enseña ó es maestro, posea la ciencia de que es causa en el otro, de una manera explícita y perfecta» (33). «Enseñar... es obra de caridad... y sabiduría» (34). Aunque es acción exterior, presupone también esencialmente contemplación, como principio o fuente (35).

(27) *In 2 Ethic., lect. 1*, Ed. Spiazzi, Marietti, Taurini, 1949, n. 246.

(28) Cf. III, 39, 3, c. et ad 3.

(29) Cf. *In ad Philém.*, lec. 1 Ed. Cai... t. II, n. 14.

(30) Cf. *In ad Tit.*, c. 1 lec. 1, n. 5; *In I ad Tim.*, c. 4, lec. 3, Ed. Cai..., t. II, n. 171.

(31) *I C. G.*, c. 7; *II C. G.*, 75; *De Verit.*, 11, 1, ad 6.

(32) Cf. *IV C. G.*, 13; *L*, 117, 1, ad 2 et 3.

(33) *De Verit.*, 11, 2.

(34) III, 96, 11 ad 1.

(35) Cf. *ib.*, 4 c. et ad 4; 2-2, 181, 3.

En este ejercicio previo de contemplación y estudio, el maestro ha de llegar a poseer, en primer lugar, con una certeza absoluta, los principios de su ciencia; debe lograr una concepción recta con relación a las principales conclusiones; y, finalmente, habilidad en encontrar ejemplos abundantes, y conocimiento de los efectos y consecuencias por las que muchas veces hay que manifestar las causas (36).

Después, «el que enseña necesita contar con los medios aptos para manifestar su doctrina: de otro modo esta doctrina sería inútil» (37). Es decir, necesita poseer una técnica apropiada a la transmisión de su ciencia. No basta saber mucho, ni tener títulos, ni una gran facilidad de palabra. Es necesario conocer el modo general de comunicación de la ciencia, y los resortes particulares y eficaces en cada una y en cada caso. «*Omnis doctrinatio, quae est motus ad scientiam, est quodammodo una specie, non tamen simpliciter: quia doctrinatio qua docetur grammatica est simpliciter alia specie ab ea qua docetur geometria*» (38).

Debe también formar parte de un buen método de enseñanza una cierta austeridad y moderación: en cuanto a la materia que se enseña y en cuanto a las palabras o el lenguaje doctrinal. «*Doctor ad duo intendere debet, scilicet ad utilitatem et ad veritatem*» (39). Y ni es útil una verdad inoportuna, en cuanto al tiempo o al modo de presentarla, ni la pretensión de enseñar todas las verdades a un tiempo; ni, por otro lado, es verdadera la utilidad entendida en un sentido muy particular o concreto, pragmático o personal. «*Non est ergo intramittendum se de inutilibus et quae non habent solidam veritatem. Scire enim singularia, ut sunt genealogiae—como son los acontecimientos del día o las vidas ajenas—non est ad perfectionem intellectus, nec ad instructionem morum, nec fidei. Et sunt vanae, quia non habent solidam veritatem*» (40). «Ningún sabio verdadero responde a cualesquiera cuestiones, sino sólo a aquéllas que pertenecen a su ciencia» (41).

Una moderación especial se requiere en las disputas y polémicas, únicamente admisibles cuando la discusión se ordena a la investigación de la verdad, y no cuando se trata sólo de manifestar lo que se ha de sostener o lo que se ha de evitar (42).

Ni se puede pretender igual grado de claridad y certeza en todos los conocimientos. «*Ad hominem disciplinatum, id est, bene instructum pertinet ut tantum certitudinis quaerat in unaquaque materia, quantum natura rei patitur*» (43). Es éste un principio metodológico frecuentemente enunciado por Santo Tomás en todas sus obras, y sin duda corroborado por la necesidad y la dificultad de convencer de ello a los

(36) 1-2, 111, 4.

(37) III, 7, 7.

(38) *In 5 Physic.*, lec. 6, Ed. Pirotta, Neapoli D'Auria, 1953, n. 1.354.

(39) *In ad Tit.* c. 3, lec. 2, n. 100.

(40) *Ib.*

(41) *Ib.*, n. 99.

(42) *Cf. ib.*

(43) *In I Ethic.*, lec. 3, n. 36; *Cf. ib.*, n. 32 y 38.

jóvenes estudiantes, que buscan siempre y en todas las cosas la máxima claridad y precisión de la matemática o de la estética. «Et hoc propter apraedensiam, id est ineruditionem sive indiscipline» (44).

El instrumento principal y tal vez más delicado para la enseñanza es la palabra del maestro. «La palabra, se ha dicho en general, es un sacramento de muy difícil administración». Puede convertirse fácilmente en arma de dos filos, o quedarse en instrumento inútil o elemento de confusión en vez de esclarecimiento. Santo Tomás quiere que el profesor se prevenga contra estos peligros mediante un esfuerzo vigilante para seleccionar sus palabras y adecuar su estilo a los fines y mayor provecho de su enseñanza: con moderación y sobriedad, precisión y claridad. «Las palabras del que enseña deben ser moderadas de tal manera que aprovechen y no perjudiquen al oyente» (45). «Los labios del doctor—escribe en otra parte—son como un panal que destila, cuando con palabras breves y pocas da a entender muchas y grandes cosas. Pero sin olvidar nunca que la intención o finalidad primordial es que se entienda. Y mientras su esfuerzo se encamine a este objetivo no sobrarán sus palabras, mas cuando la cosa está entendida, es vana o superflua cualquier palabra más» (46). La norma suprema de un estilo didáctico la expresa el Santo en esta fórmula feliz de su brevísima introducción a la *Suma Teológica: breviter et dilucide*.

Para lograr esta claridad hay que evitar la excesiva variedad o mezcla inorgánica de cosas o argumentos diversos en un mismo artículo o período; se ha de evitar la falta de llaneza que resulta oscuridad como cuando las cosas difíciles se presentan sin la ayuda de ejemplos apropiados, o cuando se emplean palabras inusitadas para explicar cosas no tan difíciles. Contra estos dos vicios, un estilo didáctico exige propiedad, como una cierta connaturalidad del tema con el que lo escuchó; discreción, evidencia y orden según el proceso normal de todo aprendizaje (47).

Estas dificultades del estilo didáctico o doctrinal tienen particular importancia, y deben destacarse con especial relieve cuando trata de materias filosóficas. Aquí tiene una actualidad notable la enseñanza de Santo Tomás.

Hace algún tiempo que la filosofía ha pretendido convertirse en apologética de la religión y de la sociedad—especialmente de algunos aspectos concretos de sociedad—, o también, en apología y gloria del hombre concreto, del filósofo que la hace, que se implica y compromete en ella. La filosofía, o la exposición de la misma, se ha visto así contagiada por los métodos polémicos, histórico-positivistas y hasta demagógicos de la cultura y sociedad laica moderna y contemporánea. La filosofía se ha olvidado de su misión específica de especulación pro-

(44) *In IV Metph.*, lec. 6, Ed. Cathala-Spiazzi, Taurini, Marietti, 1950, n. 607.

(45) *In Boet. «De Trinit.»*, Pröem. q. 2, a. 4.

(46) *In Eph.*, c. 3, lec. 1, Ed. Ca..., t. II, n. 138.

(47) Cf. *In de Divinis nominibus*, ca, lec. 2, Ed. Pero-Caramello-Manzolini, Marietti, Taurini, 1950, n. 13.

funda de las causas *necesarias* de las cosas, y se ha conformado frecuentemente con explicaciones subjetivas o ingeniosas de los acontecimientos o de la *historia* de las cosas, sobre todo de esa terrible y misteriosa que es el hombre. Y la *sabiduría* clásica, la *especulación suprema* de las cosas por sus *causas altísimas*, ha sido bastardeada y suplantada por otros tipos inferiores de conocimiento, por saberes más prácticos, como el saber histórico o el que se ha llamado «la *nova scienza*; el ejemplar y más riguroso saber del tiempo futuro» (48), que no es, realmente, otra cosa que una antropología con pretensiones de filosofía o ilusiones de metafísica. A veces, se ha tenido incluso la honradez o la osadía de inventar nombres nuevos para no profanar los antiguos. Y así ha caído en desuso la palabra original *sapientia*, del latín, conservada en nuestras lenguas romances, para dar paso a la de *sabiduría*, más legítima aún en su raíz que la *sagesse* francesa de la que se deriva la italiana *sagezza*. Todas, sin embargo, tienen un significado más concreto y práctico, o más *vital*, como dirían otros, y menos auténticamente sapiencial. El primer sentido que le asigna nuestro diccionario es «conducta prudente de la vida».

Otro vicio de la filosofía contemporánea, en su método, correspondiente a sus desviaciones radicales en cuanto al contenido o en relación con su objeto, es el abuso del lenguaje metafórico, alusivo, simbólico. Sabido es el volumen que ocupan en las exposiciones de algunas filosofías los géneros literarios como la novela, el teatro, la poesía y en los mismos tratados más estrictamente filosóficos, la metáfora, la paradoja y hasta la adivinanza. Naturalmente que todo es muy sugestivo y tentador. Pero nada más opuesto al rigor y objetividad que exige, por su propia índole, una exposición auténticamente filosófica.

Sobre todo esto es conocido el criterio y el ejemplo austero y diáfano de Santo Tomás en todas sus obras. En primer lugar, quiere el Santo que el estudio científico sea ante todo una penetración inteligente de la realidad de las cosas, y no tanto de su *devenir* o acontecer, de sus contingencias y, menos aún, de las opiniones de los hombres sobre ellas. Ya hemos aludido al criterio tomista sobre las discusiones y las polémicas: son saludables sólo en tanto en cuanto se orientan al descubrimiento de la verdad y precisamente a ver quien tendrá más razones o sinrazones. La verdad y las cosas ante todo. «La verdad no se cambia con la diversidad de las personas; y cuando uno habla el lenguaje de la verdad es invencible con quienquiera que dispute» (49). Y en todo caso, «el estudio de la filosofía no se ordena a saber qué opinan, sino cual es la verdad de las cosas» (50).

Santo Tomás reconoce el valor y la necesidad de las metáforas y el lenguaje simbólico en la explicación de cuestiones delicadas o difíciles,

(48) J. ORTEGA Y GASSET: *Obras completas*, t. 2, Madrid, 1946, p. 623.

(49) *In Job*, c. 13, lec. 2.

(50) *In de coelo et mundo*, Lib, lec. 22, Ed. Leonina, n. 8.

sea por inconsistencia o defecto de la materia, o por la transcendencia de misterios a que la razón no alcanza (51). Pero sería una exageración manifiesta y abusiva convertir el objeto universal de la filosofía en misterio, o en puro acontecer fugaz e inaprensible, para verse obligado así a recurrir siempre a la metáfora o la alegoría, y convertir así al filósofo en poeta o en profeta (52). A lo sumo, esto sería un ensayo primitivo para una filosofía embrionaria (53). Pero ordinariamente enseña Santo Tomás, «en las doctrinas filosóficas no hay un modo conveniente igual para todas las disciplinas. De donde, las palabras se han de escoger según la materia... Y entonces el modo más incongruente para enseñar una materia se obtiene cuando mediante tal procedimiento se ha hecho o destruir lo que es principal en aquella materia, como por ejemplo, el que en cuestiones especulativas quisiera usar de argumentos metafóricos que no van más allá de las cosas imaginadas, en las que no debe ir a parar el que quiera ser inteligente» (54). No puede formularse reprobación más clara y mejor fundada de los métodos expositivos y doctrinales de la filosofía contemporánea que hemos mencionado. Ni la filosofía es novela, comedia, historia, ni la enseñanza de la filosofía puede ser declamación oratoria, recital o mera narración.

Finalmente entre las virtudes o cualidades que Santo Tomás señala al maestro, además de la ciencia y la técnica, está la entrega desinteresada a sus discípulos. En primer lugar, para acomodarse con solitud y condescendencia a su mente inmadura. Es una consecuencia de la realidad de su misión como asistente, como ayuda extrínseca a la actividad propiamente formativa interna del alumno. Maestro viene de *magnus* o *magis*. Pero en este sentido literal y pleno sólo Dios es grande, y Maestro por antonomasia (55). El maestro humano es en realidad mucho *menos* y su verdadera función podría expresarse mejor con más humildad y verdad con la palabra *ministro* de *minus*. «Homo docet *ministerium* exhibendo, Deus autem interiorius operando» (56). «Propiamente hablando—dice Santo Tomás en otra parte—sólo se puede llamar maestro aquél que posee la doctrina por sí mismo, no aquél que comunica solamente lo que ha recibido de otro. Y así sólo uno es Maestro, Dios... ; mas como ministros hay muchos maestros» (57). «Homo autem dicitur... magister *ministerium*» (58).

Esta acomodación humilde y servicial a los discípulos debe llevarse a cabo especialmente en orden a su aprovechamiento en las par-

(51) Cf. *In I Sent.*, Prol., q. 1, a. 5, c. et ad 3; I, 1, 9.

(52) Cf. ORTEGA Y GASSET, *En Torno a Galileo*. Obras completas, t. 5, Madrid, 1947, p. 137.

(53) Cf. *In I Met.*, lec. 3, n. 55.

(54) *In I ad Cor.*, c. 1, lec. 3, Ed. Cai..., t. 1, n. 45.

(55) Cf. *De Verit.*, 11, 1, ad 1.

(56) *II C. G.*, c. 75, in fine.

(57) *In Mat.* 23, I, Ed. Cai, Taurini, Marietti, 1951, n. 1848.

(58) *Contra impugnantes*, P. II, c. 1, n. 30.

ticiones o particularizaciones de las doctrinas, sin deformarlas, para ponerlas al alcance real de su capacidad, teniendo en cuenta la complejidad más débil de su intelecto. «Qui sunt debiliores intellectu, per universales conceptiones magis intelligentium non accipiunt perfectam cognitionem, nisi eis singula in speciali explicentur» (59).

Como fruto y recompensa de esta entrega abnegada y servicial a sus alumnos, el maestro podrá considerar a éstos, sin presunción vana, como algo propio, y experimentar el gozo y la gloria de ver brillar en ellos con nuevas luces el bien supremo de la verdad, que a él se había encomendado para su custodia. «Ornamentum doctoris est honesta vita discipuli» (60). No faltarán tampoco los sinsabores de la integridad y la confusión por sus mismos discípulos. Que nunca olvide que los discípulos como la verdad—la doble materia de la enseñanza—le han sido confiados como un campo en que ejercer su humilde ministerio, y no para su utilidad ni para su gloria (61). Ni se le ha prometido la inmunidad contra la cizaña, contra los sembradores furtivos o las malas yerbas. Su deber es, naturalmente, vigilar su sementera y defender las plantas tiernas de su sembrado.

Misión del enseñante es, no sólo perorar desde la altura de su cátedra, sino esforzarse por que su palabra se acomode a los oyentes, resultando una enseñanza eficaz, agradable y atractiva y para los desganaos convincente y persuasiva, aún para los más recios. Santo Tomás aplica esta misión del orador docto, según San Agustín, a la enseñanza y autoridad de la Sagrada Escritura (62). Sin caer en las exageraciones censuradas por el Santo en otra parte, como hemos visto, este mismo programa esencial puede aplicarse muy bien a la misión general de toda enseñanza de cualquier maestro. Si al discípulo se le exige por naturaleza de su misma condición «credulidad» y sumisión (63), al maestro debe corresponder, como función defensiva y previsoría de aquellos peligros que amenazan la formación sana del joven estudiante, una cierta autoridad y fuerza de atracción y persuasión. Es, en parte, el mismo programa trazado por Santo Tomás para su obra cumbre: «secundum quod congruit ad eruditionem incipientium», con la única limitación impuesta por la gravedad y naturaleza del tema: «secundum quod materia patietur» (64).

Y frente a los traficantes y sofistas, que se declaran a sí mismos maestros y guías de la juventud, pregonándoles tal vez el derecho y la libertad de conocerlo todo, la verdad y el error, lo que deben saber, y

(59) I, 89, 1; Cf. *ib.*, 106, 1.

(60) *In ad Tit.*, c. 2, lec. 2, n. 66.

(61) Cf. *In Gal.* c. 4, lec. 6, Ed. Cai..., t. I, n. 246; *In Ioa.*, c. 3, lec. 5, IV, n. 519.

(62) Cf. *De Commendatione et partitione Sacrae Scripturae*, Opusc. Theol., t. I, Ed. Verardo, Taurini, Marietti, 1954, n. 1.199.

(63) Cf. *De Verit.*, 14, 10; 3 C. G., 152.

(64) *S. Theol.*, Prol.

lo que sólo a medias imperfectamente pueden aún entender, hay que decirles claramente que «no charlen ante los niños, sino que escriban y propongan sus doctrinas en publicaciones al alcance de los doctos, para que puedan ser juzgadas y estimadas en lo verdadero, refutadas en lo falso con la autoridad de la verdad» (65).

ANGEL MELCON, O. P.

(65) *Contra retrahentes homines a religionis ingressu*, Opusc. Theolog., t. II, Ed. Spiazzi, Taurini, Marietti, 1954, n. 859; Cf. *De unitate intellectus contra averroistas*, c. 5, opusc. Philos., Ed. Spiazzi, Taurini, Marietti, 1954, n. 268.